

Y ¿qué será en sus labios  
Su sonreír de amores,  
Cuando grandes, y sabios,  
Y reyes, y señores,  
El día verán trémulos  
Sin tinieblas ni sol?

## IV

Y ¿qué será de nuestro dulce canto,  
Qué será de nosotros los cantores,  
Los que lloramos cántigas de llanto,  
Los que reímos cántigas de flores?

¿Qué será de la hermosa á quien un día  
Himnos de amor y de placer cantamos,  
Que en nuestros labios el amor bebía,  
Y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Qué serán de sus ojos los espejos  
Do nuestra imagen retratada vimos,  
Do al lánguido rielar de sus reflejos  
Su secreto de amor la sorprendimos?

¿Qué será del amigo cariñoso  
Que amar nos hizo la falaz fortuna,  
Del triste que veló nuestro reposo  
Al resbalar de la furtiva luna?

Acaso el corazón le desgarraba  
El peligro fatal del que dormía,  
Y su afán compasivo nos callaba,  
Doblando su silencio su agonía.

¡Ay! ¿Qué será del padre y del hermano,  
Qué será del esposo y de la esposa  
Cuando aparte Jehová con justa mano  
Del torpe vicio la virtud dichosa?

¿Cuando se abran las puertas eternas  
Al eterno gozar del Paraíso,  
Y les sea á los tristes criminales  
Al duelo eterno caminar preciso?

¡Ay de mí! ¡Con cuán hondo desconsuelo  
Los ojos tornarán desesperados  
La postrimera vez mirando un cielo  
Á que también nacieron destinados!

¡Oh tristísima y larga despedida,  
Eterna muerte, eterna bienandanza,  
Donde, perdiendo de una vez la vida,  
Se pierde de morir toda esperanza!

—  
¡Qué dulce será vivir,  
Vivir una eternidad,

Sin pensar más en morir,  
Ni pensar en reducir  
Á guarismo nuestra edad!

¡Qué dulce será, vagando  
Por la viviente mansión,  
Ir al compás escuchando  
De las arpás de Sión,  
Eternamente gozando,

Aquella aura perfumada,  
Y aquel manso susurrar  
De la floresta encantada,  
Y aquella luz reflejada  
De soles en un millar,

Y aquel gotear de las fuentes,  
Y aquel trinar de las aves,  
Y aquel hervir los torrentes,  
Y aquellos mares vivientes  
Sin monstruos, vientos, ni naves!

Y si en la fresca ribera  
Quien amó en vida encontrara  
La amorosa compañera  
Que antes que el mundo muriera  
Muerta en el mundo quedara,

¡Qué dulce fuera vivir,  
Vivir una eternidad,  
Sin pensar más en morir,  
Ni pensar en reducir  
Á guarismo nuestra edad!

¡Oh, ven, ven, arpa sonora,  
En las penas de mi vida  
Mi tierna consoladora,  
Esperanza se luctora  
De mi esperanza perdida!

Tú que templas en el suelo  
Nuestros dolores mundanos  
Con ilusiones de cielo,  
Consuela mi desconsuelo  
Con tus compases livianos.

Y déjale que delire  
Con el cielo al corazón,  
Y déjale que suspire,  
Que el ámbar feliz aspire  
De su dulce religión.

Porque en tanto que suspira  
Por la postrimera paz,  
¡Vive Dios que no delira  
Con la nada y la mentira  
De la existencia falaz!

## INCONSECUENCIA

## Á UNA TÓRTOLA

Porque al fin la vida es sueño.  
CALDERÓN.

## I

Tórtola que solitaria  
En vez de cantar suspiras,  
¿Es tu canto una plegaria,  
Ó es la voz con que respiras  
Á tu voluntad contraria?

Ese arrullo dolorido,  
¿Se exhala en ti á tu despecho  
Sonando alegre en tu oído,  
Ó es en verdad un gemido  
Que se te arranca del pecho?

Triste pájaro, ¡lo sé!.....  
Por eso en ocultas ramas  
Tu nido ondear se ve;  
Tú te escondes porque amas,  
Mas tu voz vende á tu fe.

Naciste, ave desdichada,  
Para llorar tu ternura,  
Por eso en selva apartada  
Vas á arrullar tu amargura,  
Del campo ameno enojada.

Enojos te dan las flores,  
Enojos la luz del día,  
Enojos ¡ay! los amores  
Que en dulcísima armonía  
Murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano  
De la bulliciosa fuente,  
Y el céfiro cortésano  
Que susurra mansamente  
Á los jardines cercano.

Te enojan las otras aves  
Con su inocente amistad  
Y con sus gorjeos suaves;  
Tú, que llorar sólo sabes,  
Vives en la soledad.

Menos en el monte inculto,  
Vivir te cansa ó extraña;  
Porque allí despeña oculto  
El torrente que le baña,  
Sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido  
Que entre las malezas rueda  
Con sordo y medroso ruido,  
En lánguido són remeda  
Tu monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje  
Que á pedazos ha brotado  
Por el agreste paisaje,  
Borda el terreno olvidado  
Con pliegues de toscos encaje.

Y á fe, á los ojos del triste  
No son gala los primores  
Con que natura se viste,  
Que otro placer no resiste  
Que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos  
Son males antojadizos  
Que se quejan á los cielos,  
Y no admiten más consuelos  
Que hallar en el duelo hechizos.

Porque es tan grato saber  
Que nos podemos quejar,



Que cuando tan ruin placer  
Pensamos que ha de faltar,  
Le volvemos á querer.

Por eso, tórtola bella,  
Dió el cielo á tu ronco canto  
El compás de una querella,  
Porque al cantar tu quebranto  
Lloraras tu gozo en ella.

Y si es cierto que así en pos  
De tu canción va tu queja,  
¡Ay, tórtola, vive Dios  
Que en el mal que nos aqueja  
Nos parecemos los dos!

Pues si abriga tu garganta  
En vez de voz un lamento,  
Cuando mi voz se levanta,  
En vez de darme contento  
Mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale  
Porque en la selva escondida  
Nadie á escuchártela sale,  
Bien creo, ave dolorida,  
Que tu mal al mío iguale.

Y si buscas en tu anhelo  
De que alguno te responda  
El miserable consuelo,  
Yo pido en mi canto al cielo  
Quien á mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,  
Y ambos somos desdichados,  
Conmigo es justo que llores:  
Tú, tórtola, tus amores;  
Yo, mis males olvidados.

¡Olvidados, ¡ay de mí!  
Que cuando el arpa tomé,  
Cantando ahogarlos creí;  
Y tantas glorias soñé,  
Cuantos desengaños vi!

Vi el mundo tan hechicero,  
Que no le alcancé falaz;  
Alcé mi canto primero,  
Y el alma lanzó fugaz  
Un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo  
Nuestras desdichas cantar,  
Si por tan cercano el suelo  
Nuestra voz no ha de escuchar,  
Y por tan remoto el cielo.

## II

Dime, ¿qué nos valen,  
Pájaro infeliz,  
Á ti tus lamentos,  
Mis cantos á mí?  
Tú á selva escondida  
Te vas á gemir,  
Porque el canto alegre  
Te es lúgubre á ti;  
Porque el tuyo amarga  
El canto feliz,  
Y las otras aves  
No te le han de oír;  
Y yo, que angustiado  
Llorando nací,  
Si le canto al mundo  
Su gloria pueril,  
La espalda me torna,  
Dice que mentí.  
Si vuelvo mis duelos  
De nuevo á plañir,  
Me dice con mofa  
Que es dulce vivir:  
Si el lloro y el canto  
Nos desoye así,

Dime, ¿qué nos valen,  
Pájaro infeliz,  
A ti tus lamentos,  
Mis cantos á mí?  
El mundo, ceñido  
Del aire sutil,  
Vestido de flores  
Con rico tapiz,  
Tocado con ancho  
Dosel de zafir,  
Prendido con nubes  
Que el alto cenit  
Circundan de nieblas  
De azul y carmín,  
Sembrado de estrellas  
Que el turbio confín  
Tachonan brillantes  
En montones mil  
Con pálidas perlas  
Y rojos rubís,  
Nos miente sin duda  
Vistoso jardín,

Convida á cantarle  
Mirándole así.  
Mas si esos hechizos  
Y gayo matiz  
Caminos son sólo  
Que llevan al fin  
De breves placeres,  
Y el fin es morir;  
Si el que llora ó canta  
Concluyen allí,  
Si el triste se mofa  
Del rico y feliz,  
É insulta el alegre  
Del triste el sufrir,  
Dime, ¿qué nos valen,  
Pájaro infeliz,  
A ti tus lamentos,  
Mis cantos á mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,  
Valle de tumbas que pasando vemos;  
Féretro y cuna nos abrió el destino  
Para entrar y salir, en los extremos;  
Fantástico al entrar y peregrino,  
Y asqueroso al salir le comprendemos;  
Que al vivir despertamos en la cuna,  
Y al despertar nos ríe la fortuna.  
Imperfectos traemos los sentidos  
Porque á sentir no alcancen tanto duelo,  
Sordos aún traemos los oídos  
Porque no escuchen el clamor del suelo;  
La lengua y pensamientos obstruidos  
Porque al ánima falte ese consuelo;  
Sólo abrimos al sol nuestra pupila  
Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien, despertando cuando nace,  
En ilusiones de esperanza crece,  
Y un bello mundo de ilusiones hace  
Donde loco soñando se adormece.  
Que mientras duerme y delirando yace,  
La árida realidad se desvanece,  
Y mientras sueña su falaz ventura,  
A su camino el término apresura.

Más vale delirar lindas quimeras  
En ilusión de sueños seductores,  
Que roer esperanzas pasajeras

En este valle de ponzoña y flores,  
Donde, aguardando dichas venideras,  
Lloramos sobre el pan de los dolores;  
Donde, al buscar el necesario aliento,  
Mortal cicuta nos regala el viento  
Porque en sueños los bienes y los males,  
Dorados en la loca fantasía,  
Al ánima dormida son iguales:  
El desdichado canta su agonía,  
Y lamenta el feliz bienes mortales,  
Mas ninguno en perderlos se holgaría,  
Que son dulces los bienes lamentados,  
Y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes  
Soñados como los males,  
Ya, tórtola, no me afligen  
Tus melancólicos ayes;  
Que á ti te dieron lamentos  
En vez de alegres cantares,  
Y tú cantando le cuentas  
Tus amarguras al aire.  
Las endechas y los himnos  
Los mismos consuelos traen,  
Que á la par nos adormecen  
Las dichas y los pesares.  
Tú te arrullas tristemente  
Con tan lúgubres compases,  
Porque tus duelos son gozos  
Con el placer de contarles;  
Yo al mundo canto mis cuitas  
Porque cuando otros las saben,  
El placer de que las sepan,  
Dichas de mis penas hacen.  
Y así, cuando entramos, tórtola,  
Con lamentaciones graves  
En guisa de querellarnos  
Atormentamos los aires,  
Pues nuestra queja es contento  
Por el placer de quejarse,  
Con extravíos tamaños,  
Con inconsecuencias tales,  
No hacemos más que soñar  
Y mentir calamidades,  
Tú llorando bien de amores,  
Y yo delirando males.